



CRISTALES ROTOS

Gregorio Peces-Barba

JUAN CARLOS
RODRÍGUEZ IBARRA

jcribarr@fundceri.org

El martes pasado murió Gregorio Peces-Barba y el miércoles recibió sepultura en Colmenarejo, pueblo de Madrid, rodeado de familiares y amigos que quisieron acompañar sus restos en un sencillo funeral de carácter civil, en concordancia con lo que Peces-Barbas, cristiano de profundas convicciones, quiso que fuera su vida y, seguramente, su final; es decir, una estricta separación entre el Estado y la iglesia, donde el respeto mutuo entre ambos hiciera llevara la convivencia entre los españoles.

Ahora que tanto se lleva la simpleza esa de decir que "todos los políticos son iguales", Gregorio Peces-Barba no era un político igual que los demás. No lo fue cuando, allá por los años sesenta, decidió comprometerse, primero con la democracia cristiana y, posteriormente, con el socialismo para tratar de unir sus esfuerzos con los de otro puñado de españoles que abominaban de un régimen que nos privaba de la libertad. Él, como otros, no entró en política para engañar o para beneficiarse de la misma, sino para jugarse su carrera y su profesión frente a la dictadura y a tantos que apoyaban implícita o explícitamente ese repugnante totalitarismo. No fue por dinero por lo que entró en política, sino por compromiso y eso le hace distinto de quienes no siguieron ese camino, gracias al cual hoy vivimos en libertad.

No fue igual que los demás cuando en el 27 Congreso del PSOE, celebrado en Madrid en 1976, todavía en la ilegalidad pero desafiando la ley franquista, Gregorio trató de presentar una candidatura a la Secretaría General del PSOE, alternativa a la de Felipe González, Alfonso Guerra y Ramón Rubial, bajo el argumento de que el socialismo español acudía a la transición política española cargado de ideología y radicalismo, como consecuencia de

cuarenta años de clandestinidad. Gregorio fue el primer socialista que pensó que el PSOE debería moderar su ideario para acomodarse a la nueva sociedad que estaba formándose en esos tiempos. No consiguió el apoyo suficiente de los delegados, pero el resultado de las elecciones de 1977 y de 1979 obligaron al partido socialista a realizar un Congreso extraordinario, en el que se establecieron las bases de un nuevo socialismo que permitieron presentarse ante la sociedad con un discurso nuevo y renovado que le llevaron al Gobierno de España en 1982. Gregorio fue el primero que se dio cuenta de que el socialismo español necesitaba de ese viraje para entroncar con quienes ya no eran los españoles de los años duros de la dictadura.

No fue igual que los demás cuando en las Cortes constituyentes fue nombrado

secretario general del Grupo Parlamentario Socialista y tuvo que medir su dialéctica y oratoria con diputados tan brillantes como Herrero de Miñón, Óscar Alzaga, Santiago Carrillo, Blas Piñar, Manuel Fraga, Jordi Pujol o Javier Arzallus. Su brillante papel, unido a su conocimiento profundo de los Derechos Fundamentales de las personas, le llevaron como ponente socialista a la Comisión que se encargó de redactar la propuesta de Constitución que los españoles aprobamos en diciembre de 1978. En esa Comisión brilló con luz propia y demostró su independencia de criterio, poniendo de manifiesto que en los partidos políticos no se está para obedecer, cuando sin previo aviso, Gregorio abandonó esa ponencia constitucional puesto que, en su opinión, no se estaba abordando el capítulo primero, de Derechos y Libertades,

de la manera que él creía conveniente, provocando una crisis institucional que más tarde pudo resolverse gracias a que, durante el tiempo en que permaneció en la Ponencia, pudo crear un ambiente de amistad con el resto de los ponentes, algunos de ellos alejados ideológicamente de lo que él representaba. No, no era igual que los demás.

Y no lo fue, cuando en 1982 fue elegido, por unanimidad, presidente del Congreso de los Diputados; para demostrar su independencia al frente de la Cámara donde reside la soberanía nacional, Gregorio entregó su carné de militante del PSOE, como gesto simbólico y expresivo de lo que iba a ser su función, es decir, presidente de todos los diputados y no el representante de los socialistas en la Cámara Baja. Imprimió un estilo propio a su mandato y dignificó el Congreso, pro-



*Murió sin que nadie
haya tenido que
recriminarle nada
de su vida privada
o profesional*

curando que las formas fueran el fiel reflejo del fondo porque, Peces-Barbas, demócrata convencido, era un formalista integral que no admitía componendas que pusieran en evidencia el papel representativo de las Instituciones democráticas.

No fue como los demás porque, al terminar su vida política activa, no se enroló en actividades que pusieran en evidencia su condición de militante socialista; se volvió a sus clases de la Universidad y, nombrado rector de la incipiente Universidad Carlos III, impulsó el prestigio y la excelencia de esa Universidad, en el sur de Madrid, en la que casi nadie creía.

Y no fue como los demás porque murió como había vivido, con dignidad y sin que nadie haya tenido que recriminarle nada de su vida privada o profesional.